

rio, así que se publicaron aquellos decretos, se vió en todas las órdenes religiosas á los malos súbditos, espíritus turbulentos é insurreccionados contra la regla y sus superiores, enarbolar el estandarte de la independencia. Aun no se ha borrado de la memoria la violenta conmocion que amenazó á la congregacion de San Mauro con un completo trastorno. Los religiosos mundanos que provocaron aquellos disturbios, ¿se hubieran atrevido acaso á hacerlo, á no haber contado con la proteccion de los principales individuos de la comision? Luis XV salvó á la congregacion de San Mauro, no haciendo caso de la súplica que presentaron; mas no sacó de aquel acontecimiento las consecuencias que hubieran debido abrirle los ojos acerca del modo con que habian querido sorprenderle, y en vista de esto decidirse á disolver una comision que habia dado motivo á tanto escándalo. El prior de los celestinos de Lyon, uno de aquellos malhechores cuya devoradora actividad dá al traste con cuanto se opone á sus torpes deseos, se aprovechó de aquel deplorable estado de cosas para consumir la destruccion de su orden. Recorrió todos los monasterios de la congregacion, publicando la libertad y la secularizacion, fingiéndose encargado de órdenes del gobierno, ofreciendo pensiones y beneficios á cuantos consintiesen en volver al mundo, y amenazando con malos tratamientos á los que persistian en sus deberes. El tiempo del capítulo general estaba ya inmediato, y con desprecio de las constituciones de la orden y de las reglas canónicas, cambiaron repentinamente el tiempo y el lugar de aquella asamblea que por las circunstancias debia ser la mas importante que jamás se hubiese celebrado en la congregacion. El gefe declarado del partido de la secularizacion, aprovechándose de aquel retardo, se trasladó á Paris y corriendo de convento en convento persuadió á unos y subyugó á otros. Despues de haber prevenido de este modo los ánimos y preparado el nombra-

miento de diputados, se inauguró el capítulo en octubre de 1770. Puede decirse que no habian sido convocados sus individuos mas que para llevar á cabo su desercion del cláustro, y fácil es adivinar las resoluciones de aquel conciliábulo. Sosteniendo varios religiosos celestinos que en aquellas determinaciones iba impreso el carácter de la irregularidad y de la violencia, Mr. de Brienne reunió un capítulo particular en el convento de Paris; pero la conducta que este observó no fué mucho mas regular. Entonces triunfando el promovedor del desorden, decia á voces que la congregacion se hallaba deshecha y abolida, y que nada mas faltaba para cumplir tan grande obra que la bula de secularizacion. Como general (pues es de advertir que la intriga le habia abierto paso á esta dignidad), envió á pedirla á Roma. Mas aun cuando atribuia pérfidamente á todos sus cohermanos sus sentimientos personales, no obtuvo mas que una bula que autorizaba á los obispos para visitar y reformar á los celestinos. Entonces, bajo el velo de una reforma ordenada por ambos poderes, se desunieron los monasterios, se echó de sus casas á algunos religiosos, se secularizaron muchos de ellos, señalándoles una pension, se apoderaron de sus bienes, etc. En tales actos, ¿puede dejar de verse aquella liga formada contra el estado monástico por la corrupcion de costumbres y por la irreligion?

Mientras que todos los individuos de un orden religioso, á escepcion de un pequeño número, renunciaban á los votos solemnes que habian pronunciado al pie de los altares y obtenian ser absueltos de ellos, apostasia que desgraciadamente consta por las reales cédulas de 5 de abril de 1778, una multitud de congregaciones, instituidas desde hacia mas ó menos tiempo en el suelo de Francia, consolaban las miradas de los fieles. Hemos presentado ya, á continuacion de nuestra *Historia de las órdenes religiosas* (1), el cuadro de las

(1) Segunda edicion, t. 2, p. 183.

instituidas en Francia desde el siglo XVII, y á esta obra remitimos al lector para no recargar de detalles la *Historia general de la Iglesia*. Sin embargo, no podemos menos de decir, que lo que san Vicente de Paul hizo en el siglo XVII, lo quiso volver hacer en el XVIII un santo sacerdote, Luis María Grignion, llamado de Monforte, pueblo de su nacimiento (1).

No alcanzó este fundador la brillante celebridad de san Vicente de Paul; pero animado, así como él, del espíritu de Dios, estableció dos congregaciones que debian realizar todo lo bueno que él habia meditado, ó mas bien dicho, perpetuar el bien que no habia cesado de hacer.

Cosa es digna de notarse esta institucion compuesta de una congregacion de misioneros, es decir, de hombres destinados á difundir la luz evangélica, y de una congregacion de hermanas caritativas, cuyo fin era consolar y asistir á los enfermos. No queda, pues, duda que segun el pensamiento de los dos fundadores, habia una relacion muy íntima entre las enfermedades del cuerpo y las del alma, supuesto que su prevision las habia sujetado á la accion de un mismo instituto; y debemos hacer notar, que esta relacion no se ha escapado á ninguno de los varones, á quien Dios ha llamado al honor de fundar institutos religiosos. Contemplad las santas Hermanas diseminadas por las campiñas en Francia: con una mano curan al enfermo, y con la otra tienen abierto el catecismo en que los niños vienen á aprender los elementos de la fé.

Grignion nació en Monforte, cerca de Rennes, de una honrada familia. Su niñez santificada por una piedad precoz, hacia presagiar que entrando en el seminario de San Sulpicio, dirigido en aquella época por el venerable Tronson, se empaparia en el espíritu sacerdo-

tal, que los directores de esta ilustrada escuela tenian como en depósito. Grignion se dedicó á las misiones acompañado de varios sacerdotes que habian abrazado el mismo ministerio; recorrió con muy buen resultado la Bretaña, el pais de Anis y el Poitou. En esta provincia se encontró con la piadosa jóven Trichet, cuyo amor á los pobres era tan grande, que se habia consagrado á servirlos en el hospital de Poitiers, alimentándose, visitándose y habitando en la misma casa que ellos. Esta sublime decision interesó al misionero, y la hizo considerar digna de ser asociada á la Santa Obra que su piedad meditaba: solo hacia falta que la abnegacion de la jóven Trichet sufriese la prueba de la esperiencia y que el tiempo fortificase su vocacion. Grignion pues, se alejó de allí, y cuando pasados diez años regresó á Poitiers y la encontró firme en su propósito, fué cuando la comunicó su proyecto y la invitó á concurrir al establecimiento de una congregacion de hermanas, que se dedicaron á la asistencia de los pobres y enfermos. María Luisa de Jesus (este es el nombre que la jóven tomó por consejo de su director) tuvo que combatir en aquella circunstancia decisiva la resistencia de su familia y la del mismo obispo, que no queria privar á su diócesis del edificante espectáculo de sus virtudes. Sin embargo, la constancia de la jóven triunfó, reputándose por muy dichosa con ceder á los deseos de su santo institutor, pasó por de pronto á la Rochela, donde se hicieron esfuerzos para detenerla, y luego á San-Lorenzo-Sur-Sevre, ciudad poco importante de la misma diócesis, que no tardó en ser la casa central de la nueva congregacion. ¡Ah! Cuando llegó á esta poblacion, ya Grignion no existia sobre la tierra. Rindiéndose al peso de tantos trabajos, no tuvo tiempo para ver consolidarse la obra cuyo plan habia concebido y cuyos estatutos habia redactado.

Pero sus instrucciones depositadas en la mente de su piadosa cooperadora le habian so-

(1) Segunda edicion, p. 384-489.

brevivido. María Luisa de Jesus, poniéndolos en práctica, tuvo el consuelo de verlos prosperar. Sin salir del círculo que había servido de teatro á las misiones de su fundador, estableció personalmente en el curso de treinta años mas de veinte conventos de religiosas llamadas *Hermanas de la Sabiduría*.

La muerte de Grignon tampoco había hecho cesar las misiones. Renato Mulot, sacerdote, natural de Fontenai-le-Comte, diócesis de la Rochela, compañero del fundador durante algunos años, le sucedió en su piadoso propósito. Este sacerdote, de un temperamento débil y de un carácter tímido, no se juzgaba á propósito para ser misionero antes de haber conocido á Grignon; mas habiendo sido subyugado por el respeto y confianza que este le inspiraba, se decidió á participar de sus trabajos, y puede decirse que lo hizo con provecho. Bajo su direccion adquirieron una verdadera consistencia las dos congregaciones de *Misioneros del Espíritu Santo* y de *Hermanas de la Sabiduría*. Renato Mulot era á la vez superior de ambas congregaciones, como en los reglamentos de San Vicente de Paul el superior de los sacerdotes de la Mision lo es tambien de las Hermanas de la Caridad. Las dos familias organizadas por Grignon estaban modeladas por el mismo espíritu que las de San Vicente de Paul. La única diferencia que existía entre ambas era, que estando el punto céntrico de unas en la capital tenían mas probabilidades de multiplicacion que las otras situadas en San Lorenzo-sur-Sevre, ciudad pequeña y apenas conocida. Grignon había creído sin duda que el espíritu de sus discípulos se conservaría mejor en un humilde y pacífico retiro; pero Dios, que quería manifestar los méritos de su servidor, no permitió que la oscuridad de la residencia perjudicase á la propagacion de las *Hermanas de la Sabiduría*. Así es, que esta congregacion no tardó en traspasar los límites de la provincia en que había estado como encerrada. En 1728,

Renato Mulot obtuvo un breve de Benedicto XIII, y en 1732 el ministro Maurepas escribió en nombre del rey á los intendentes de Poitiers y de la Rochela invitándoles á proteger aquellos establecimientos. Mulot pasó á mejor vida á los treinta y seis años de trabajos, á tiempo que se hallaba predicando misiones en Questemberg, diócesis de Vannes, año de 1749. Su corazón fué trasportado por los misioneros á San Lorenzo y depositado en el muro de la capilla de las Hermanas.

Audubon, tercer superior, murió en 1753, y de allí á cuatro años le siguió María Luisa de Jesus, siendo de notar que terminó su mortal carrera el mismo mes, semana y día que el venerable Grignon. Sus sepulcros fueron puestos uno al lado del otro, siendo ambos frecuentados por la piedad de los habitantes, y aunque situados casi en el corazón de la Vendée, no han sufrido nada en las guerras y desolaciones de que aquel país ha sido teatro.

Bajo la direccion de Besnard, que gobernó los dos establecimientos hasta el 1788, época de su muerte, el gobierno se interesó en los progresos de la congregacion de las Hermanas de la Sabiduría. El bien que hacían estas Hermanas había llamado la atención de Bertin, obispo de Vannes; este prelado tenía un hermano ministro á quien pidió en favor de ellas, y Luis XV otorgó en marzo de 1773 Reales cédulas, de que el parlamento de París tomó razon en 11 de agosto siguiente, reconociendo á las dos congregaciones bajo el nombre de misioneros del Espíritu Santo y Hermanas de la Sabiduría. Estas contaban ya mas de cincuenta establecimientos. Los misioneros, mucho mas reducidos en número, predicaban sin embargo frecuentes misiones en las aldeas y poblaciones inmediatas.

El fervor hacía el estado religioso, sobre el cual la filosofía derramaba tan injusto desprecio, no se extinguía, pues, con la facilidad que sus enemigos querían. Pio VI logró el

consuelo de aprobar en 1778 dos nuevos institutos de mugeres. El uno, conocido con el nombre de las *oblatas*, se componía de piadosas obreras, obedecía á una regla severa, y dedicándose á la educacion de niñas, daba á la sociedad, edificada de sus virtudes, verdaderos modelos de esposas y madres. El otro era el de las religiosas de San Norberto, fundadas en 1767 por un santo sacerdote suizo, llamado José Helg, que había establecido un convento de ellas en la diócesis de Coira. Su objeto principal era la adoracion constante del Santísimo Sacramento, cuyas alabanzas no cesaban de cantar ni de día ni de noche. Este instituto se había propagado ya en Alemania, y hasta fué introducido en una iglesia de Roma, donde la fatalidad de las circunstancias no le permitió mantenerse (1).

No dejaremos este asunto sin hacer mencion de otras dos pequeñas congregaciones que fijaron por un momento la atención de los jansenistas, porque supusieron que iban á ser el núcleo de una nueva congregacion de clérigos seculares bajo el modelo de la de los oblatos erigida en Milan por San Carlos Borromeo. Esta nueva congregacion hubiera estado bajo la advocacion de San Pedro y de San Pio y sujeta á los respectivos obispos de los lugares donde se hubiese introducido. La bula consistorial de su ereccion le habría adjudicado los bienes de la Compañía de Jesus; mas solo en cuanto al usufructo, pues la propiedad estaba reservada á los obispos. Esa congregacion habría poseído en Roma, además del colegio romano, el templo y casa del Jesus, antigua casa profesada de la Compañía suprimida, así como las cátedras llamadas de la *Sapiencia*. Habría además obtenido el privilegio esclusivo de dirigir todos los seminarios y escuelas públicas de los Estados del Papa, quedando prohibido

(1) Novaes, *Elementi della Storia de' Sommi Pontifici*, t. 16, part. 1, p. 38.
B. del C., tomo XXII.—IX.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO VII.

el profesorado á cualquiera que no hubiese estado agregado á ella. De su seno hubieran salido párrocos, confesores, misioneros, predicadores, catequistas directores de ejercicios espirituales, examinadores del clero, consultores de las congregaciones romanas de ritos, de indulgencias y del Santo Oficio, escluyendo de estos diversos oficios á los regulares bajo pretexto de ser ajenos y hasta opuestos á su profesion. Esto es por lo menos lo que suponían los jansenistas, que perseguidos por la imagen de los jesuitas, los creían siempre á punto de resucitar. Resta decir que para piedras fundamentales de la nueva congregacion se designaban los clérigos de San Galicano, que servían en Roma la capilla llamada del P. Caravita, y los de Santa Gala; á estos se hubieran ido agregando todos los demas que se hubieran presentado despues de haber dado pruebas de su capacidad. Es preciso saber que los clérigos de San Galicano y de Santa Gala formaban dos muy pequeñas congregaciones de hospitalarios para el servicio de los leprosos y otros enfermos, y además los de Santa Gala daban hospedaje por la noche á los pobres mendigos. En obsequio de la verdad convendremos gustosos en que entre estos clérigos y los antiguos jesuitas existía una admirable semejanza de abnegacion y virtudes, y esta sería acaso la razon de que en ellos se vieran los próximos elementos de la inmediata resurreccion de la Compañía.

Estos progresos del estado religioso en el momento en que los enemigos de la Iglesia le amenazaban en su existencia, servían de consuelo á Pio VI, así como los sentimientos de sumision y deferencia de la católica Polonia le consolaban de las amarguras que le hacían sufrir otros gobiernos. No parece sino que la Polonia, antes de perder su existencia política y hasta su nombre, había querido dar á las demas potencias del mundo cristiano un ejemplo de conducta hácia el Pontífice. En 1775 observó que los días festivos eran demasiado

numerosos; mas en lugar de abolirlos militarmente, si asi puede decirse, recurrió á la Sede Apostólica, que movida por miras de sabiduría suprimió treinta. Muchos individuos de la confederacion de Barr se habian ligado por medio de juramento contra el rey Estanislao; creyeron que no podian ser absueltos sino por autoridad de la Santa Sede, y como puede imaginarse no acudieron á ella en vano. Sin embargo, la ponzoña de la filosofía habia ya hallado entrada en el corazon de mas de un polaco. Zamoyski publicó en 1778 un proyecto de Código dictado por ella y conforme á lo que veia que en varias córtes de Europa se estaba practicando. Su plan, como el de estas, no se reducía á mas que ir aboliendo insensiblemente la autoridad tutelar del Romano Pontífice, coartar las inmunidades del clero y la jurisdiccion del nuncio, suprimir el uso de las apelaciones á la Silla de Pedro, someter todas las bulas á la censura del rey. etc.; mas el clero polaco, á ejemplo de Pio VI, reclamó vigorosamente contra semejantes proyectos, y la nacion entera en la dieta de 1780 los rechazó por el órgano de sus representantes. El hombre que los habia concebido tuvo que abandonar el país que se habia propuesto transformar.

El año 1778, señalado por tantos acontecimientos como hemos referido, lo fué tambien por el triste fin de los dos oráculos de la filosofía moderna. La muerte de estos hombres correspondió á su vida; el uno, el patriarca de los incrédulos, espiró en medio de los terrores y convulsiones de la desesperacion, y el otro abrevió sus dias por medio del suicidio.

Hacia veinte y ocho años que Voltaire no habitaba en Paris, donde no se hubiera atrevido á presentarse en tiempo de Luis XV, aunque la favorita y el principal ministro del rey le protegían con sus simpatías; pero bajo el reinado de su sucesor Luis XVI, creyó poder presentarse impunemente. El deseo de

gozar de su colosal reputacion y de ver á sus numerosos amigos, le decidió á emprender aquel viaje á los ochenta y cinco años de edad, llegando á Paris en febrero de 1778. No agradó mucho al gobierno ni al clero su presencia en la capital; pero todos los filósofos y literatos, muchos altos señores y damas del gran mundo, se apresuraron á tributarle homenajes. La academia le envió una diputacion. Sus admiradores le formaron una especie de corte, y con su estrepitoso entusiasmo y honores escesivos que le tributaban como corifeo de la filosofía, se esforzaban á contentener en el silencio la repugnancia que en todos los corazones honrados suscitaba el apóstol de la impiedad. Sin embargo, tantas visitas como tenia que recibir y devolver, la necesidad, aunque no muy costosa para él, de hacer brillar su imaginacion, aquella multitud de gente de que siempre estaba llena su habitacion, aquel pueblo que incessantemente iba victoreando detrás de su carruage, y por último, las repeticiones de su tragedia *Irene*, todas estas causas de fatiga y de emocion reunidas produjeron un fatal sacudimiento en una máquina debilitada por las enfermedades y los años. Declarósele una violenta hemorragia que hizo temer por su vida. Desde su llegada á la capital, varios eclesiásticos concibieron el proyecto de trabajar en su conversion. El abate Gauthier, capellan de los incurables, que acababa de reconciliar con la Iglesia al romancero Lattaignant, le habia ofrecido en caso necesario sus servicios espirituales. Cuando Voltaire se creyó en peligro de muerte dijo: «No quiero que mi cuerpo sea arrojado al muladar;» y envió á llamar al abate Gauthier. En 2 de marzo firmó un escrito en que declaraba haberse confesado con este eclesiástico y querer morir en la Religion católica, añadiendo que pedia perdon á Dios y á la Iglesia de los escándalos que contra esta habia dado. Esta débil reparacion de tamaños escándalos volvia á ser un nuevo escándalo en

la boca de un hombre, que tantas veces habia hecho befa de la Religion, profanando lo que ella tiene de mas angusto. Asi es que Condorcet dijo (1) que «esta noticia produjo mas escándalo en los hombres ilustrados, que edificacion en los devotos.» Sin embargo, el párroco de San Sulpicio se quejó de no haber sido llamado: Voltaire le escribió atentamente y el pastor le respondió con caridad. Habiendo cedido la hemorragia, el filósofo se olvidó de la Iglesia y aplicó toda su atencion al teatro. Acababa de volverse á representar la tragedia de *Irene*, y fué fácil persuadir al anciano que habia obtenido nuevos triunfos. Quiso gozar personalmente de ellos, y despues de haber asistido á la academia donde se le prodigaron honores nunca vistos, pasó al teatro donde le esperaba un triunfo cual jamás obtuvo ni el monarca mas idolatrado de su pueblo ni el guerrero mas benemérito de su patria. En un entreacto vió su busto colocado en el proscenio y coronado por todos los actores. En seguida fué llevado á su carruage en brazos del público, y acompañado hasta su casa por una numerosa turba ebria de entusiasmo que hacia resonar el aire aclamando su nombre y repitiendo el título de sus principales obras. Sin embargo, su infame poema no fué proclamado hasta que se llegó al patio de su casa. Entonces fué cuando Voltaire, volviéndose hácia el público, exclamó: «Os habeis propuesto ahogarme con rosas.» Y asi era en verdad. Ya habia visto su apoteosis antes de su muerte, y su muerte por justo castigo de Dios debía seguirle muy de cerca. El extraordinario trabajo, dice Condorcet, que se tomó en descargar nuevos golpes al fanatismo, exhalando con elocuencia su odio contra las preocupaciones, y luego contemplándolas bajo el punto de vista del ridiculo para burlarse de ellas con la gracia y singulares analogías que caracterizaban su estilo festivo, este trabajo y

el abuso que hacia de café para mantenerse en una especie de escitacion, reprodujeron con nueva fuerza cierta enfermedad de que adolecia. Entonces tuvo que recurrir á una preparacion de ópio para calmar los dolores. Desde entonces parece que sus funciones intelectuales le abandonaron y no volvieron á brillar sino en muy cortos intervalos. Las *Memorias para la Historia Eclesiástica del siglo XVIII* (1) afirman que en esta recaída no se trató de recurrir á ningun sacerdote; que el párroco de San Sulpicio se presentó y no fué recibido; que escribió á Voltaire, y no recibió mas que respuestas evasivas; y por último, que el impio rodeado de amigos que á nadie dejaban acercarse á su lecho, espiró en sus brazos el 30 de mayo de 1778 con la constancia é intrepidez de un filósofo segun unos, y temblando y acosado de remordimientos segun otros. Por el contrario, Auger (2) refiere que el abate Mignot, sobrino de Voltaire, fué á buscar al párroco de San Sulpicio y al abate Gauthier. Habiéndole intimado el párroco que declarase si reconocia la divinidad de Jesucristo, el moribundo exclamó volviéndoles la espalda: «*Dejadme morir en paz.*» Segun otros respondió: «*En nombre de Dios, no me habéis de ese hombre.*» Pero esta antítesis sacrilega es poco verosímil, atendida la estremada debilidad en que se hallaba del cuerpo y del espíritu. De todos modos el párroco, volviéndose al abate Gauthier, le dijo con una prudente moderacion: «Ya veis que su cabeza no rige.» Segun el testimonio del mariscal de Richelieu y del médico Tronchin, que salieron del cuarto aterrados de sus furores, el enemigo del cristianismo pasó en espantosas convulsiones sus últimos momentos. Despues que hubo exalado su último suspiro, sus amigos quisieron hacerle funerales y dar á su cadáver sepultura eclesiástica. Pidieron ambas cosas al

(1) Vida de Voltaire.

(1) T. 2, p. 637.

(2) *Biografía universal*, art. *Voltaire*.